



# **RETO FILOSÓFICO**

En: Filosofía en la calle. Eduardo Infante

#FiloReto\_21

¿CÓMO PUEDES  
*SABER*  
SI LO QUE  
*SIENTES*  
ES  
*AMOR?*

Platón. Diotima. Schopenhauer.  
Abelardo y Eloísa

¿Tienes en estos momentos algún tipo de relación sentimental? ¿Te has preguntado si lo que sientes por tu pareja es eso que muchos han llamado *amor*? Imagina que un día cualquiera tu pareja te prepara la cena, cocina la comida que te gusta, decora la mesa con unas velas y pone una música suave para crear ambiente. Cuando estáis tomando el postre, te mira fijamente a los ojos, te toma la mano y te lanza la siguiente pregunta: «¿Me amas?». Si deseas ser sincero con él o ella, y contigo, antes de responder deberías preguntarte: ¿cómo puedo saber si lo que siento es amor? ¿Qué es el amor? ¿Cuáles son los síntomas? ¿Tiene efectos beneficiosos o perjudiciales? ¿El amor nos hace mejores o peores personas? ¿Existen diferentes formas de amor? ¿Hay algunas superiores a otras? ¿Sólo los seres humanos podemos llegar a amar? Y esas son sólo unas pocas de todas las preguntas posibles.

### Las medias naranjas de Platón

Platón puede ayudarte a encontrar respuestas a estas preguntas ya que dedicó una de sus obras más conocidas al asunto del amor. En el diálogo titulado *El banquete* se nos cuenta que en el año 380 a. C. se celebró una de las cenas más famosas de toda la historia. El banquete lo organizó el poeta Agatón para celebrar el éxito que había conseguido con el estreno de su última tragedia. Cinco fueron sus invitados: dos jóvenes amantes, un médico, un comediante y, por supuesto, Sócrates, el gran filósofo, que llegó tarde por quedarse absorto pensando en sus cosas mientras iba de camino hacia la casa del anfitrión. Siguiendo los consejos del médico, los comensales deciden beber moderadamente por-

que algunos tienen una resaca tremenda de la fiesta del día anterior. Varios de ellos confiesan ser «de los que ayer se empaparon» y ruegan al resto no seguir el protocolo que obliga, durante un banquete griego, a beber hasta emborracharse. También deciden despedir a los músicos, lo que significa que la fiesta no terminará en orgía, ya que en los banquetes griegos los músicos al final asumían otras funciones y no sólo deleitaban los oídos de los invitados, sino también otras partes del cuerpo. Ante la presencia de Sócrates deciden sustituir la orgía por el diálogo filosófico (quizá ellos no, pero la historia de la filosofía salió ganando con esta decisión).

¿De qué van a hablar durante el banquete? El médico propone discutir sobre el amor y todos se manifiestan conformes con la propuesta. Acuerdan que cada invitado se prepare y ejecute un discurso, y que Sócrates sea el último en hablar. En la intervención de Aristófanes, el comediante, se nos relata el famoso mito del andrógino para explicarnos qué es el amor. En el origen de los tiempos, los hombres éramos como una especie de pelota enorme con cuatro piernas, cuatro brazos, dos órganos sexuales y una cabeza con dos rostros que miraban en direcciones opuestas. Podíamos caminar en ambas direcciones y cuando nos poníamos a correr a gran velocidad dábamos volteretas como los saltimbanquis. Teníamos una gran fuerza y también mucha soberbia: tanta que se dice que intentamos ascender al Olimpo y los dioses decidieron castigarnos. Zeus nos cortó por la mitad y ordenó a Apolo que le diese la vuelta a nuestro rostro y nos cosiese las heridas, dejándonos el ombligo y algunas arrugas como recuerdo del pecado. Así, cada ser humano quedó partido en dos y cada mitad echaba de menos a su otra parte. Zeus se compadeció y ordenó que, a partir de entonces, concibiésemos uniendo nuestras dos mitades a través de los órganos sexuales. Este mito también sirve para explicar que todas las tendencias sexuales son naturales: hay varones cuya mitad es una mujer y otros cuya otra parte es un varón, y hay mujeres cuya mitad es una mujer. Ahora entenderás de dónde viene la expresión *mi media naranja* que todos hemos



utilizado alguna vez. Si vuelves a usarla, recuerda que su origen está en el mito que Aristófanes relata en *El banquete*. ¿Quién sabe? Lo mismo esta historia te sirve para llevar a cabo la conquista amorosa que tienes en mente. Si triunfas, luego no digas que la filosofía no sirve para nada.

¿Qué nos explica este mito? Que el amor es algo innato y consiste en un deseo (que se convierte casi en una necesidad) de recuperar nuestra antigua naturaleza. Somos seres incompletos y únicamente el amor puede devolvernos la plenitud. Sólo el amor da sentido a nuestras existencias rotas. Vivir no es otra cosa que buscar constantemente la otra parte de nuestro ser, arrebatada cruelmente por los dioses... Woody Allen llevó al cine este mito en *Midnight in Paris* (2011), una película en la que los dioses no sólo han separado a los amantes en el espacio sino también en el tiempo. Curiosamente, el director Yorgos Lanthimos emplea el mito de la media naranja para crear una aterradora distopía en *Langosta* (2015), que nos describe una sociedad futura en la que los solteros no tienen cabida. Si no tienes pareja, eres arrestado y conducido a un hotel donde dispones de cuarenta y cinco días para conocer a alguien y enamorarte de por vida; si no lo consigues, te transforman en un animal, aunque, eso sí, te dejan escoger la especie.

Sea la pareja una bendición o una condena, ¿realmente nos completa? ¿Es necesaria para sentirnos plenos en la vida? ¿Sólo existe un único ser humano que te complementa? ¿O puedes ir manteniendo a lo largo de la vida diferentes relaciones que, en su conjunto, te llenen de plenitud? ¿Hay algo de verdad en este mito o sólo es eso, un mito?

## El amor platónico

¿Qué aporta Sócrates al diálogo? El filósofo reconoce que todo lo que sabe sobre el amor se lo enseñó una mujer, la filósofa Diotima, sabia en éste y otros muchos temas. Ella te diría que lo

que nos causa atracción no es el reconocimiento de nuestra otra mitad, sino el bien. Cuando amas a alguien te sientes atraído por la bondad y la belleza que hay en ese ser. El amor es el camino hacia el bien y, cuando lo alcanzamos, nuestra vida se vuelve feliz y plena porque ya no necesitamos nada más.

El amor debería guiar todas tus acciones, esto lo entiende cualquiera, pero Diotima dice que lo que viene ahora no está al alcance de todos (tranquilízate, no cierras el libro: como discípulo de Sócrates que ya eres, estás capacitado para entender «los misterios del amor»). Diotima nos recuerda que hemos dejado claro que el amor es el deseo de belleza. Pero las cosas bellas no son «la belleza», sino que ésta es algo inmaterial. Las cosas que son bellas son tan sólo la promesa de una belleza mayor, perfecta y eterna. No hay vida más plena y feliz que la contemplación de esta gran belleza. Para llegar a ella, debemos ir educando nuestra sensibilidad porque de lo contrario nunca aprenderemos a captarla. Es decir, tenemos que ir haciendo que nuestro amor sea más puro y elevado. Imagino que en esto del amor empezaste amando cuerpos bellos, pero que pronto te diste cuenta de que hay algo más valioso que un buen trozo de carne. Si lo que te atrae de una persona es su alma y no su culo, tu amor ya empieza a ser de una categoría superior. Y si has alcanzado esta sensibilidad, podrás, poco a poco, sentir la belleza que se esconde en la justicia y en la verdad. Progresivamente, te atraerá una belleza que es cada vez más inmaterial, hasta alcanzar el grado más elevado de amor, el «amor platónico»: la atracción a una idea «pura, limpia, sin mezcla y no infectada de carnes humanas, ni de colores, ni de cualquier otra cosa mortal». Ahora entenderás por qué la gente suele referirse a los amores imposibles o ideales como «amores platónicos» (Platón, el objeto del amor, nos pone el listón demasiado alto).

Si te preguntas cómo termina el banquete, te cuento que Alcibíades, uno de los alumnos de Sócrates, aparece borracho como una cuba y comienza a aporrear la puerta de la casa. Lo dejan pasar y lo sientan al lado del anfitrión. Alcibíades empieza



a hacerle la pelota a su maestro y termina tirándole los tejos. Sócrates lo manda a que se dé una duchita de agua fría. La escena se ve interrumpida por la llegada a la casa de un grupo de borrachos que vienen de juerga; los invitados al banquete olvidan la promesa de beber con moderación y todos van cayendo, uno a uno, en los dulces brazos de Morfeo para dormir la mona; todos menos Sócrates, que, como hombre equilibrado, se despide y abandona la casa. Fin.

### ... Nooo, no es amor, lo que tú sientes se llama obsesión

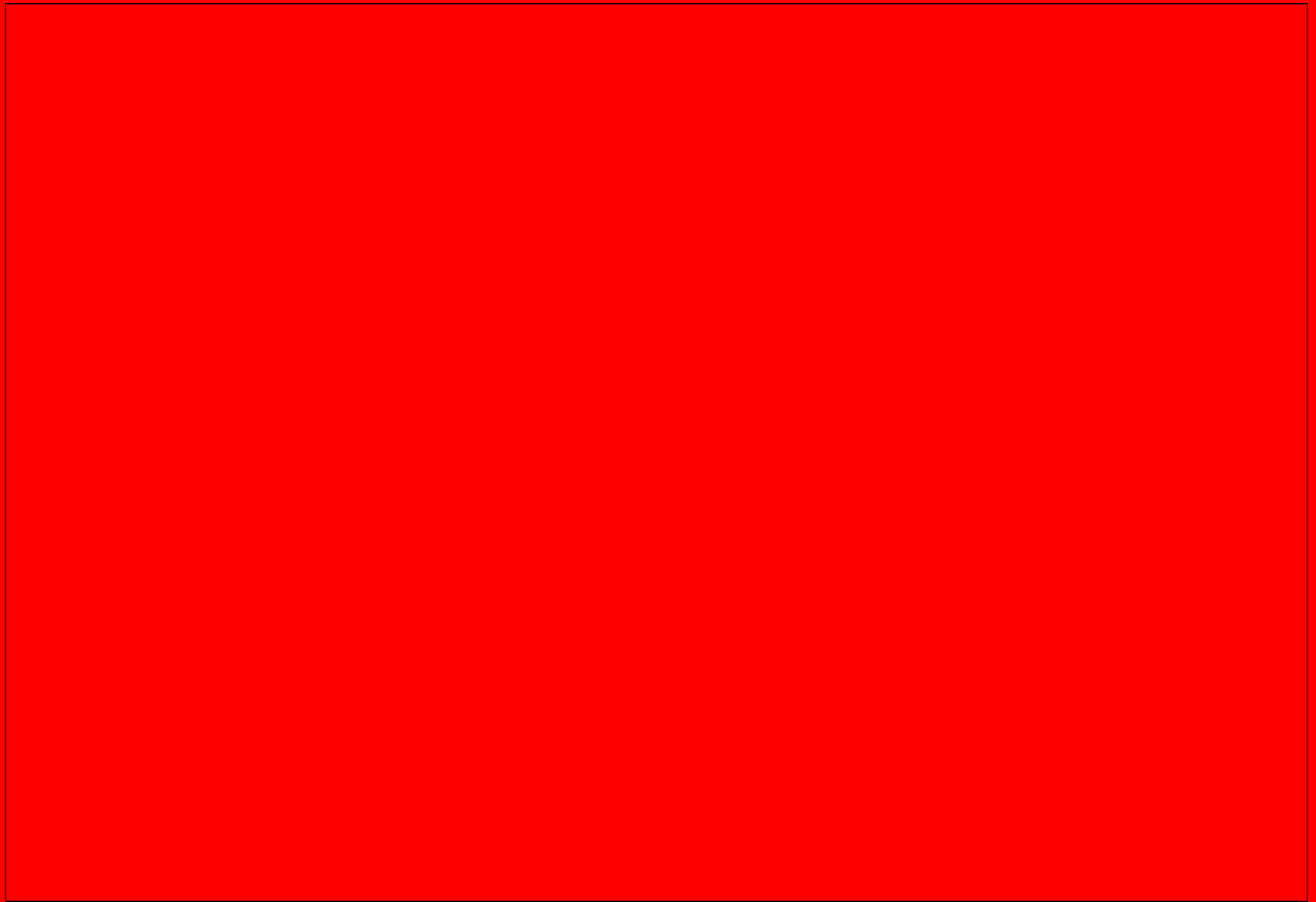
El filósofo alemán Arthur Schopenhauer (1788-1860) te avisaría de que todo lo que acabas de leer en *El banquete* sobre el amor no es más que una sarta de estupideces. Te lo diría tal cual porque el carácter de este filósofo ha sido de los más duros y agrios de la historia de la filosofía. Schopenhauer expresaba la mayoría de las veces su opinión de manera grosera, egoísta y maleducada. Empezó a estudiar medicina, pero al segundo año lo dejó por la filosofía, ya que consideró que la vida es el peor de los problemas y que debía dedicar todos sus esfuerzos a reflexionar sobre él. Su soberbia y mal humor eran descomunales. Después de asistir a una clase de Fichte, uno de los grandes filósofos de la época, comentó que el profesor había dicho cosas que le despertaron el deseo de ponerle una pistola en el pecho y decirle «tienes que morir sin compasión». Cierta día, cuando se encontraba comiendo con su profesor de armonía, éste le hizo una bromita sobre la filosofía de Kant, a quien Schopenhauer consideraba el mejor de todos los filósofos. Schopenhauer lo miró con cara de furia y de desprecio, y le gritó: «¡No entiende para nada la importancia de la filosofía de Kant! No vuelva a hablarme; soy demasiado culto para usted».

Soportar a Schopenhauer no debía de ser nada fácil, ni siquiera para su propia madre. Cuando terminó los estudios uni-

versitarios, el filósofo le escribió para informarle de que estaba pensando en regresar a su casa y vivir con ella, a lo que la mujer le respondió: «Eres fastidioso e insufrible, y considero penoso en extremo vivir contigo».

Schopenhauer era un gran amante de la música, especialmente de la compuesta por el italiano Rossini. En cierta ocasión tuvo la oportunidad de conversar con su ídolo, ya que se hospedaba en el mismo hotel al que Schopenhauer solía ir a comer. Pero no quiso conocerlo porque, como le dijo al hostelero, «es imposible que ese de ahí sea Rossini; es sólo un francés gordo». Profesaba un gran odio hacia el género humano. Le encantaba caminar y subir montañas porque uno puede contemplar la humanidad desde la altura propia del genio y entonces ve a una multitud estúpida. Despreciaba a los animales humanos y sólo sentía aprecio por *Atma*, su perro, hasta el punto de llegar a afirmar que, si no existieran estos animales, preferiría no estar vivo. Su amor por *Atma* fue inmenso: llegó a sentir algo parecido al amor por un ser humano y, de hecho, cuando este perro de lanas se portaba mal, Schopenhauer le gritaba: «¡Pedazo de humano!». Tras su muerte, el filósofo le legó a su fiel amigo de cuatro patas todo lo que poseía.

¿Qué es para Schopenhauer el amor? Pues ya te lo imaginarás: sólo sexo, instinto de reproducción de la especie, pura biología, hambre de lujuria, carne y nada más. El amor es la expresión en el ser humano del impulso que experimentan todos los seres vivos por seguir con vida y reproducirse. El romanticismo no es más que una gran mentira que el hombre inventa para sentirse especial y superior al resto de los animales. No hay nada extraordinario, bello o bueno en el amor. Sólo es un simple impulso biológico y la manifestación de que la naturaleza es más poderosa que nosotros. Cuando «nos enamoramos», nos convertimos en unos autómatas que siguen al pie de la letra los mandatos de la biología: ¡copulad y multiplicaos! Para Schopenhauer, el amor es ciego porque actúa en nosotros sin que nos demos cuenta; se trata de una fuerza inconsciente que nos manipula.





¿Y qué nos ordena en concreto? Que procreemos y que nuestra progenie a su vez se reproduzca. Cuanto más fuertes, inteligentes y atractivos sean nuestros vástagos, más probabilidades tendrán de esparcir su semillita y de multiplicarse. La naturaleza juega con nosotros y nos hace «enamorarnos» de las personas que contrarrestan nuestras deficiencias, tanto físicas como de carácter. Por eso, las chicas buenas se sienten atraídas por los malotes del instituto. La naturaleza nos engaña para que nos unamos a la persona que podría engendrar los mejores hijos; pero, una vez cumplido su mandato y copulado todo lo que había que copular, los amantes suelen mirarse el uno al otro y preguntarse: «pero ¿qué vería yo en éste?». El amor es sólo una ilusión, una quimera, una ficción que creamos para soportar esta vida miserable. Una película que ilustra la visión que tiene Schopenhauer sobre el amor es *La ciudad de las estrellas: La La Land* (Damien Chazelle, 2016) porque en ella se nos obliga a distinguir la ficción de la realidad. Los dos protagonistas terminan siendo las víctimas de un bonito sueño. Inevitablemente, al final, la realidad impone su terrible dictadura. Cuando la pasión desaparece, el amor se convierte en imposible.

### Amor entre filósofos: historia de una calamidad

Cuando en filosofía hablamos de amor siempre terminamos recordando la historia que unió a Pedro de Abelardo y a Eloísa, los Romeo y Julieta de la filosofía. Universidad de París, siglo XI; un profesor joven y guapo\* va camino de convertirse en uno de los filósofos más influyentes. Los estudiantes acudían de toda Europa para asistir a las clases de Pedro de Abelardo. En unos

\* Por entonces, Abelardo poseía el grado de Magister in Artibus, es decir, dominaba lo que se conocía como las «artes liberales»: el *trivium* (retórica, gramática y dialéctica) y el *quadrivium* (aritmética, geometría, astronomía y música).

tiempos en los que los grandes maestros debatían públicamente en los paraninfos de las nacientes universidades, Pedro ganó todos los combates e incluso llegó a derrotar a sus propios maestros. Abelardo era el Muhammad Ali de los debates escolásticos.\* Pedro era, además de buen filósofo, poeta y músico.

El otro personaje de esta historia es Eloísa, una de las mujeres más sabias y bellas de su época. Como era costumbre entre las jóvenes aristócratas, se educó en el monasterio de Argenteuil y con tan sólo diecisiete años dominaba el griego, el latín, el hebreo, la literatura, la filosofía y la teología; era capaz de debatir con los más sabios y argumentar con elocuencia. Su fama la precedía: antes de que abandonase el monasterio para continuar sus estudios en París, en la ciudad sólo se hablaba de ella y todos querían conocerla. Pedro de Abelardo no era ninguna excepción.

Fulbert, el tío de Eloísa y el malo de esta historia, la sacó del convento y se la llevó a su mansión de París para que pudiese continuar sus estudios, pero sobre todo para concertarle un matrimonio con alguien digno de su estatus social, es decir, con título nobiliario y mucha pasta, justo las dos cosas que Abelardo no tenía. Fulbert convenció a Pedro de Abelardo de que le diese clases de filosofía a su sobrina con objeto de completar su formación. Para su comodidad, propuso a Pedro que se quedase a vivir con ellos en su casa y éste aceptó al momento. Lo que no se imaginaba Fulbert fue lo que iba a ocurrir en esas clases de filosofía. El propio Abelardo nos confiesa que la pasión más desenfrenada surgió en aquellas «clases particulares»: «Los libros permanecían abiertos, pero el amor, más que la lectura, era el tema de nuestros diálogos e intercambiábamos más besos que ideas sabias. Mis manos se dirigían con más frecuencia a sus se-

\* El término *escolástica* procede del latín *scholasticus*, que significa «el que enseña o estudia en la escuela» y, con él nos referimos a la filosofía cristiana que se practicaba en las universidades medievales. Los escolásticos diseñaron un método propio en el que los debates sobre temas polémicos fueron la parte más importante.



nos que a los libros». La filosofía es lo que tiene, que a veces apasiona en exceso.

Abelardo y Eloísa se consumieron en el disfrute de un amor prohibido. Lo censurable de su relación no era que él tuviese treinta y pico años y ella tan sólo diecisiete, ni que él fuese profesor y ella su alumna, sino la diferencia de clase social y el hecho de que, en aquella época, los profesores de las universidades debían permanecer célibes. Después de dos años de esta innovadora metodología educativa, Eloísa quedó embarazada y los dos tortolitos huyeron de París. La joven filósofa se escondió en su antiguo convento para tener a su hijo y los amantes se casaron en secreto para que Abelardo pudiese continuar su carrera académica. El filósofo la visitaba continuamente y no podía resistir la tentación de darle alguna que otra clase particular. Abelardo, en una carta a Eloísa, le recuerda: «Poco después de nuestro matrimonio, cuando vivías retirada en el convento de monjas en Argenteuil, fui a visitarte en secreto un cierto día y allí mi lujuria sin moderación se satisfizo contigo en un rincón del refectorio, a falta de otro lugar...».\* Otra de las locuras que perpetraron estos dos filósofos fue ponerle por nombre al pobre niño Astrolabio.

Abelardo y Eloísa continuaron con su vida de casados en secreto, pero Fulbert no pudo soportar la humillación para el buen nombre de su familia. El tío de Eloísa, como si fuese el propio Marlon Brandon en *El Padrino*, mandó a unos sicarios para que castraran al pobre Pedro y encerrasen a Eloísa de por vida en un monasterio, del cual terminó siendo abadesa. Los profesores de filosofía aprendimos la lección y desde entonces nuestras manos sólo sujetan libros pesados y viejos.

Fulbert pudo castrar la pasión entre Abelardo y Eloísa, pero no matar su amor. Los dos filósofos se escribieron durante el resto

\* Si te parece que el comedor de un monasterio no es un lugar apropiado para hacer el amor, te recomiendo que leas el poema «Inventario de lugares propicios al amor», del escritor Ángel González.

de sus vidas, recordando en cada una de las casi mil cartas el amor que se profesaban. Cuando Abelardo murió a los cuarenta y nueve años, Eloísa reclamó su cadáver para enterrarlo en el convento y ordenó que, cuando ella muriese, dejaran por fin a su cuerpo descansar eternamente junto al del hombre al que amó. Pero ¿se amaron Abelardo o Eloísa, o lo que realmente sintieron fue la lujuria de la que nos hablaba Schopenhauer?





**¿Y tú, qué piensas?**

HAZ UNA DISERTACIÓN DE UN MÍNIMO DE DOS PÁGINAS (Times new roman 12, espacio 1,5)

No olvides aportar evidencia de autores y/ o datos